**SEMINARIO** **2014**

**Poesía y poética de Leopoldo Marechal**

**Graciela Maturo**

 **1 El humanismo teándrico de Marechal.** Textos comentados:

*Los aguiluchos.* Poemas: “Poema de los aguiluchos”, “Don Juan y la sombra”, “Luzbel”, “Credo a la vida”.

*Días como flechas.* Poemas: “Canto en la grupa de una mañana”, “Poema de veinticinco años”, “A un zaino muerto”

*Odas para el hombre y la mujer.* Poemas: “Niña de encabritado corazón”, “Introducción a la oda”, “Oda didáctica de la mujer”.

Creo que ya a nadie le cabe duda en la Argentina del lugar que le corresponde a Marechal como uno de los grandes de nuestras letras, de nuestra cultura. No todos los escritores merecen ser considerados maestros. A veces se fracciona excesivamente su obra y se lo considera desde la política, o desde un único género, que es la novela, por ser éste aparentemente un terreno más accesible. He tratado de eludir esas posiciones. Desarrollaremos este línea *sobre* y *desde* Marechal,enfocando su obra poética, y su concepción de la poesía. Quiero justificar esta elección apoyándome en algunas razones. En primer término, la obra de Marechal se inicia con la poesía y solo más tarde despliega los fundamentos teóricos del poetizar que emanan de ella, y las grandes novelas que siguen desenvolviendo su concepción del mundo y de la vida. O sea que la poesía, además de ser primera en la cronología de su creación, es el núcleo filosófico de su obra teórica, narrativa y dramática. Comprender su poesía será un ingreso a su obra toda por el camino más profundo.

**Obra poética de Marechal.**

Unos doce libros conforman la obra poética de Marechal. Podríamos agruparlos en 3 etapas.

I.- *Los aguiluchos; Días como flechas; Odas para el hombre y la mujer*, todos en la década del 20.

II.- *Poemas australes; Laberinto de amor: El centauro; Sonetos a Sophia,* entre el 30 y el 40. Simultáneamente Marechal da comienzo a su obra narrativa, -*Adán Buenosayres* - y a su obra teórica - Y además *Canto de San Martín*, en el año 1950.

III.- *Heptamerón; Poema de Robot; Cancionero Elbitense; Poema de la Física; Poema de Psiquis,* en los años 60. Son poemas sumas, doctrinarios, autobiográficos

Entre ellos, mezclándose con ellos, aparece en un proceso de casi 20 años de maduración, su Poética, contenida en *Descenso y ascenso del alma por la Belleza.*

 ***Los aguiluchos,* 1922.**

Todo primer libro de un autor es revelador de su temple de ánimo y su imaginario inicial. No es desechable en un estudio crítico de toda su obra, pese a que el propio autor, como en este caso, lo haya relegado.

En *Los aguiluchos,* publicado por Gleizer en el año 1922, se muestra el temple equilibrado de Marechal, su inclinación religiosa, su bondad, su confianza en el sentido del todo, su vocación unitiva. Es un libro de corte romántico-simbolista-modernista, cuyos referentes poéticos más evidentes son Homero, Baudelaure, los modernistas Darío, Lugones, Baldomero Fernández Moreno y Alfonsina Storni.

La estética modernista, heredera del romanticismo y el simbolismo, también de las tradiciones hispanoamericanas, queda un tanto alejada del gusto actual, pero sabemos que la poesía no reside solo en las palabras, está conformada por un cuerpo de imágenes que comportan ideas e intuiciones poéticas, y transmiten una cierta Visión-de-mundo, como dicen los alemanes.

Este primer poemario instala la visión simbolista-modernista de Marechal. Su inclinación hacia la poesía filosófica y teológica, su veneración de los clásicos, su preferencia por apólogos y baladas, serán rasgos constantes de la obra marechaliana, con otros lenguajes y presentación.

Quiero decir que el poeta, aún cuando abandonará esa estética, nunca la dejará del todo. Marechal pocas veces describe el entorno próximo, generalmente se remonta a personajes o situaciones simbólicas que abarcan al género humano, como ha sido propio de la épica y también de ciertos modos de la poesía romántica, simbolista y modernista.

La desactualización formal o estética del libro, y de ese modo de expresión, fue percibida por Marechal en ese mismo año de publicación y en el siguiente, cuando frecuenta la poesía de la vanguardia. El joven poeta de Villa Crespo entra en contacto con el grupo de *Proa* y con el ultraísmo. Esto no significará un corte total con aquel primer libro, que en muchos aspectos reaparece en los dos que le siguen en la década: *Días como flechas* y *Odas para el hombre y la mujer*, y en obras posteriores, pongo por ejemplo *El Centauro*, publicado en 1940.

 Veamos algunos poemas de este primer libro, que no desentona de otros libros modernistas publicados en las primeras décadas del siglo XX. Desde mi punto de vista adquiere importancia porque instala la religiosidad de Marechal, y su particular modo de vivir el cristianismo, con cierto toque nietzscheano y ecuménico.

**“Poema de los aguiluchos”**

*I*

*¡Y fue al romper la aurora! Por sobre las montañas,*

*como un gran ostracismo de visiones extrañas*

*que de la noche emergen, iniciaron sus rutas.*

*Se encendía el levante con la luz matutina,*

*los valles despertaban envueltos en neblina*

*y los genios nocturnos asaltaron las grutas.*

*¡Poderosa visión” Su cabeza de nieve*

*erguía el monte azul, y en el púrpura leve*

*que ya ardía en los cielos inundaba sus crestas:*

*Abajo, en los abismos, el fuego que devora*

*y en los suaves declives las húmedas florestas*

*despertando a la aurora.*

*Pasaron: sus plumajes con la luz eran rojos;*

*a sus pies parecían fugitivos los montes*

*y una sed imperiosa de ensanchar los horizontes*

*asomaba a sus ojos…*

*II*

*El primero pasó con la vista serena*

*del ideal que todo lo comprende y lo escala*

*y al pasar exclamó: “Soy un grano de arena,*

*soy un poco de arcilla sostenido en un ala…*

*Yo he cruzado el azul cuando, sobre la bruma*

*de la noche que muere, surge el alba radiosa*

*como sobre un estanque nace un loto de espuma*

*o como de un capullo salta una mariposa.*

*Soy la sed de una luz y la sigo por eso;*

*yo la aguardo en mi roca desde el primer instante*

*y, al sorprender sus copos, en la frente la beso*

*con toda la ternura de un hijo o de un amante.*

*En mi roca la sigo: dominando los montes*

*desde el cenit, la adoro desenfrenada y loca*

*y, al fin, cuando sucumbe tras de los horizontes*

*aún persigo sus rastros, siempre firme en mi roca…*

*Soy el alma del vuelo. Yo he surcado el vacío*

*sobre nevadas cumbres y no ignoran mi paso*

*las brumas del otoño, las tormentas de estío,*

*los fuertes mediodías y las tardes de raso.*

*La montaña es mi alcazar, yo la conozco mucho:*

*en su nieve senil han quedado mis huellas;*

*no obstante, la respeto porque es un aguilucho*

*que tal vez desde el fango se asomó a las estrellas…*

*¿Fue el gesto de lo bajo que soñaba en la altura*

*y en un impulso enorme coronó sus anhelos?*

*O, quizás, para asir de algún sol la hermosura,*

*¿fue un brazo de la tierra que se elevó a los cielos?*

*Yo no sé; pero en todo lo terreno palpita*

*ese afán incansable de subir. Hay en todo*

*un deseo dormido, cual una margarita*

*que en el pantano sueña ser el alma del lodo…”*

*III*

*Con los ojos cansados de mirar un abismo*

*que no rinde a la aurora su densa oscuridad,*

*pasó el otro: volaba concentrado en sí mismo*

*y era firme su vuelo sobre la inmensidad.*

*“Yo soñé -dijo- el sol de una vida más bella,*

*de una vida que nunca quizás alcanzaré;*

*lo he buscado en la noche cual se busca una estrella*

*y vencido mil veces aún lo busco ¿por qué?*

*Fatigado de cumbres descendí a lo más hondo*

*y aburrido del éter en la sombra me hundí,*

*busqué en antros y en nieblas y ¡oh, dolor! en el fondo*

*lo vulgar, lo de siempre, lo ya gustado vi…*

*Pregunté a la montaña:*

*-Dime, tú que meditas*

*con las sienes en alto ¿Dios existe quizá?*

*¿Por ventura nos cubren nebulosas malditas*

*y la visión nos ciegan de un puro más allá?*

*La montaña quedóse como siempre inmutable.*

*A un pino de las rocas hablé luego:*

*-Tú, di*

*¿Por qué luchas en vano con la sed incurable*

*del granito reseco? ¿porqué vives así?*

*Cada gota que arrancas a la piedra soleada,*

*Cada ramo que ofreces ¿tiene un fin ideal?-*

*Y el pino siguió mudo su terrible jornada*

*por un poco de luz, de frescura y de sal…*

El poema “Los aguiluchos”, que da su nombre al libro, responde a un antiguo género, el coloquio filosófico-poético, el cual, ya sea en verso o en prosa, pone en boca de personajes ficcionales debates que incluyen tesis del autor, y su contrapartida. Esos diálogos, aprendidos en autores clásicos, a menudo se hallan incluidos en conjuntos épicos y narrativos. Víctor Hugo es el poeta romántico que cultiva de modo preferente la épica, creando narraciones poéticas dialogadas. Lo seguirán algunos parnasianos y simbolistas franceses, por ejemplo Lecomte de Lisle (*Les conquérants*) y también americanos como el nicaragüense Rubén Darío, que revoluciona la poesía española introduciendo el simbolismo francés, de una manera original. A esa corriente se dio el nombre ambiguo de *modernismo*.

Detengámonos por un momento en esta corriente, que moldea los inicios del joven Marechal. En Francia se había formado desde fines del siglo XIX un movimiento alentado por Alfred Loisy, que - ostentando el nombre de Modernismo- impulsaba la libre interpretación poética de las mitologías, incluyendo la judeo-cristiana. Modernista era la reinterpretación de los mitos griegos, puesta en boga por los simbolistas desde mitad del siglo, pero también podía ser la reinterpretación de los mitos, personajes y símbolos de la tradición judeo-cristiana, pongamos por caso la creación de Adán y el Paraíso Terrenal, la lucha de Caín y Abel, o la permanencia de Jonás en el vientre de la ballena, formas simbólicas a ser interpretadas y recreadas. Se pensaba que los poetas, al reinterpretar las tradiciones, eran capaces de darles nueva vida mostrando su incidencia en la modernidad. En el fondo no hacían sino continuar y profundizar una tendencia visible en los siglos del Renacimiento europeo (siglos XV al XVII).

La Iglesia condenó esta corriente, colocando sus obras en el Index. Eso no impide que el simbolismo modernista haya seguido prosperando en las artes, y que haya pasado del género poético a la novela, el drama, la ópera y el ballet.

Hay mucho de esa atmósfera modernista tanto en el sentido formal dariano como en el otro sentido, también conocido por Darío, en el primer libro de Marechal. Son los símbolos judeocristianos, las figuras de Cristo y de Lucifer, entrecruzados con mitos helénicos, los que resultan reinterpretados libremente por el joven poeta.

Veamos el poema “Don Juan y la sombra”, donde por primera vez toma Marechal una figura que le es grata y que va a retomar más tarde. Este poema tiene un antecedente directo en un poema de Las flores del mal de Baudelaire. El poeta leyó desde niño en francés, la lengua de su padre (uruguayo, hijo de franceses).

Don Juan, personaje que algunos críticos consideran típicamente español, tiene antigua ascendencia en tradiciones de la India, y su imagen se ha vuelto universal, justamente por su representatividad arquetípica. Encarna el arquetipo de la sombra, la negación, el Mal, la oposición del ángel rebelde Lucifer al plan divino. Jung lo ha estudiado como arquetipo de la Modernidad. En el fondo, como toda figura simbólica, apunta a un modo de ser del hombre; la soberbia individualista que afirma sus fueros ante Dios.

 Existe en Occidente una larga reelaboración estética y filosófica de esta figura, incluyendo la ópera de Mozart, *Don Giovanni*. Su vigencia se hace explicable en Occidente porque representa al hombre moderno: Fausto, el hombre del conocimiento, el hacedor. En Marechal, como en la tradición española, el titán es cristianizado por la presencia femenina, que actúa como nexo con lo divino.

DON JUAN Y LA SOMBRA

*1¡Subid! -dijo Carón y su mandato*

*resonó formidable en las tinieblas.*

*Negro tropel de sombras descendía*

*de fuentes invisibles y eran densas*

*como bloques de mármol desprendidos*

*de una extraña cantera.*

*2Relámpagos azules, parpadeos*

*de una remota claridad de estrella*

*surgían y a su luz indefinible,*

*luz de un instante apenas,*

*3columbrábanse abismos insondados*

*en cuyo borde muchedumbres negras*

*gemían de terror, doblando tristes*

*sus espaldas de bestia.*

*4Y las olas se hinchaban en silencio*

*como senos de cobre y en sus crestas*

*la fosfórica espuma deshacía*

*collares de turquesas.*

*5Don Juan estaba mudo; aquellos ojos*

*no miraron la noche gigantesca*

*de aquel antro sin fin: ante la noche*

*era un alma de piedra.*

*6Se detuvo en la margen, separado*

*de los otros espectros que, doquiera,*

*en una procesión inacabable*

*bajaban de la tierra*

*7y luego, despertando de algún sueño,*

*levantó bruscamente la cabeza*

*y escudriñó la sombra.*

*En ese instante*

*divisó dos siluetas.*

*8De pie, sobre una cumbre, con el gesto*

*de un dolor inmortal, vio a la Conciencia*

*sollozando en la noche abrumadora,*

*trágicamente bella.*

*9Con manos alocadas deshacía*

*su ropaje suntuoso en la tiniebla*

*su desnudez enorme era la imagen*

*de un astro en decadencia.*

*10Más allá, en otra cima, estaba inmóvil*

*la Angustia, meditando en un problema*

*que le planteó el abismo, duro el ceño,*

*flotantes las melenas.*

*11Y la sombra rodeando su garganta*

*era un puño crispado y la silueta*

*con los ojos abiertos hondamente*

*mordía sus muñecas!...*

*12Don Juan las contempló, vagó en sus labios*

*una tenue sonrisa pasajera,*

*porque Don Juan para el dolor y el miedo*

*era un alma de piedra…*

*13Después saltó al esquife, en que impaciente*

*rezongaba Carón.*

*Tras de su huella*

*una turba de espectros silenciosos*

*fue dejando la arena.*

*14Eran sombras opacas; a montones*

*subían estrujándose entre ellas:*

*Unas azules como el éter y otras*

*Como el delito negras.*

*15La barca se llenó. Carón entonces*

*bajó los remos y al unir su fuerza*

*vio en la orilla una sombra imperceptible*

*como un girón de niebla.*

*16Era tan suave como el soplo tibio*

*de la brisa al nacer la primavera;*

*nunca un remanso de apacibles ondas*

*mostró tanta pureza!...*

*17Carón reflexionó, dudó un momento*

*y al recordar su bárbara tarea:*

*-¡Subid! -gritó.*

*-No puedo -respondióle*

*Con profunda tristeza.*

*18Don Juan volvióse entonces, sus miradas*

*ante esa sombra de mujer, perplejas,*

*se bañaron en gotas de ternura,*

*de una ternura inmensa…*

*19Y cuando el viejo lobo alzarla quiso*

*de un tirón al esquife, el calavera*

*bajó a la orilla, la tomó en sus brazos*

*como una madre tierna*

*y la dejó en la nave*

*………………………………………..*

*20Ya los remos*

*cortan las aguas de espumosas crestas*

*Carón hincha sus músculos de bronce*

*rumbo a la noche eterna.*

*21Y mientras en el fondo los fantasmas*

*dialogan, voz a voz, con sus conciencias*

*Don Juan, siempre de pie, vive un recuerdo*

*mirando la tiniebla…*

Un rasgo del poema, que narra una escena mítica, es la incorporación de la presencia femenina, que conmueve al titán. En el teatro español, especialmente en la obra de José Zorrilla, adquiere importancia esa imagen de la mujer salvífica. Es el tema de *Antígona,* recreado por Marechal en su *Antígona Vélez*. Nos interesa el poema porque es la primera aparición de esta figura en un autor que ha vuelto a trabajarla más tarde, en su drama Don Juan (que editamos en 1979 por la editorial Castañeda).Ya en el drama se pone el acento en la redención del peonaje, que encarna a la figura del caudillo. Es el héroe de la demasía, pero es, entre otros caudillos, el que se salva por renunciar al dominio y al provecho personal.

El poema es propicio para instalarnos en la relación de la poesía con los mitos.

El mito es expresión de la cultura tradicional, tanto clásica como popular y romántica, retomada por los simbolistas. La palabra mito alcanza un sentido amplio designando todo el saber tradicional en su conjunto, pero se la utiliza también en un sentido más restringido, como relato que transmite en forma simbólica y condensada, determinado saber espiritual. Es un elemento cultural importante en todos los pueblos, especialmente en los más primitivos, ligado a las religiones y los cultos. En las civilizaciones donde ha avanzado la visión racionalista, es el arte el espacio compensatorio donde el mito se refugia. El artista moderno - al menos hasta el simbolismo, y luego en forma individual - rescata el mito, lo recrea, y en muchos casos hace de ese sustrato la base de su sabiduría. La realidad psíquica de los arquetipos explica esta supervivencia. Jung llama arquetipo a una forma básica innata o heredada, ya incorporada a la constitución psíquica del hombre, por la cual tiende a reconocer ciertos elementos fundantes como Dios, el Mal, lo femenino y lo masculino, el salvador o niño divino. De esos arquetipos básicos nacen mitologías que sorprenden por su paralelismo..

El interés temprano del autor en la figura de la negación - es decir la Libertad- se revela en este poema dedicado a Luzbel, que aparece colocado como intermedio entre la 1ª y la 2ª. parte del libro.

LUZBEL

*Luzbel había sido perdonado,*

*-la incansable bondad de Dios lo quiso-*

*y en la gloria del viejo paraíso,*

*el titán rebelado*

*contemplaba la luz sin variaciones:*

*siempre aquella quietud exasperante*

*ni una voz de sonoras vibraciones,*

*¡ni un alma interesante!...*

*Y en el silencio aquel, meditabundo,*

*inclinó el ángel malo la cabeza,*

*y su mirar profundo*

*se hundió en el torvo mar de la tristeza.*

*Dios lo vio y acercándose al impío*

*preguntóle : ¿En qué piensas? Un eterno*

*mal te agobia. ¿Cuál es tu desvarío?*

*Y respondió Luzbel: ¡Oh, padre mío,*

*soñaba en el infierno!...*

Leer un mito a nivel literal es una actitud impropia. Ricoeur, uno de los filósofos más importantes del siglo XX, dice aquella famosa frase*: El mito da qué pensar*… Estos poemas creados dentro de una atmósfera mítica tienen una sustancia filosófica y teológica, es decir entrañan una interpretación del hombre, del mundo y de la realidad toda. El interés de Marechal por la figura de Luzbel va unido a su comprensión de la naturaleza libre del hombre, y a su interpretación de la modernidad, período en que la humanidad ha ejercitado al máximo su libertad, pretendiendo emular o sustituir al poder divino. Dios ha perdonado a Luzbel, dice Marechal, y eso significa un reconocimiento del acto de la libertad que es inherente al hombre. Se dibuja una antropología que hace del hombre un pequeño Dios, un demiurgo: para lograr su total desarrollo necesita pulsar su capacidad creadora, aquella que lo acerca a la potencia divina. No podemos aplicar una lectura reductiva a este tema, que muestra en Marechal la marca filosófica de Nietzsche, de Giovanni Papini. Intenta devolver a la tradición religiosa una plenitud que le ha sido sustraída por la anulación del Mal, de la Libertad, inherentes al hombre y a la Historia.

Podría decirse que el humanismo de diseña un espacio de doble centro, no teocéntrico ni antropocéntrico, sino teándrico.

Veamos ahora un poema en que se expresa el credo vitalista de Marechal, un autor que más adelante dijo condenar la elegía.

CREDO A LA VIDA

*1Creo en la vida todopoderosa,*

*en la vida que es luz, fuerza y calor;*

*porque sabe del yunque y de la rosa*

*creo en la vida todopoderosa*

*y en su sagrado hijo, el buen Amor.*

*2Tal vez nació cual el vehemente sueño*

*del numen de un espíritu genial;*

*brusca la senda, el porvenir risueño,*

*nació tal vez cual el vehemente sueño*

*de un apóstol que busca un ideal.*

*3Padeció, la titán, bajo los yugos*

*de una falsa y mezquina religión;*

*veinte siglos se hicieron sus verdugos*

*y aun padece, titán, bajo sus yugos*

*esperando la luz de la razón.*

*4Fue en la humana estultez crucificada;*

*murió en el templo y resurgió en la luz...*

*¡Y, desde alli, vendrá como una espada,*

*contra esa Fe que germinó en la nada,*

*contra ese dios que enmascaró la cruz!*

*5Creo en la carne que pecando sube,*

*creo en la Vida que es el Mal y el Bien;*

*la gota de agua del pantano es nube.*

*Creo en la carne que pecando sube*

*y en el Amor que es Dios.*

*¡Por siempre amén!*

El poema es testimonio de una fe existencial que siempre acompañará al poeta, aún cuando evolucione hacia un modo más contenido de la fe. No nos habla de un hombre ascético o desencarnado, sino del hombre en plenitud, destinado a vivir una vida corporal y espiritual, porque la carne es manifestación del espíritu que la anima. Y al mismo tiempo proclama su fe en un Dios-Amor, energía, verbo, que recorre la creación y la crea continuamente. No es un Dios racional separado de su creación, sino el verbo que recorre todo lo creado incluyendo al hombre.

Se reitera el tema del Mal como parte de la vida, y esto no debe ser visto superficialmente. Leído a la luz del siglo XXI - y poniendo de lado las cuestiones del gusto que nos alejan de este modo de decir poético- hallamos en este primer libro de Marechal intuiciones religiosas muy válidas a favor de la Vida, la condición divina y participante del hombre en la Creación, la fe existencial, la confluencia del descenso y el ascenso del alma a través de su contacto con lo material y carnal.

Nietzsche es el filósofo redescubierto en el siglo XX como un filósofo religioso y aún - para algunos intérpretes- como un filósofo cristiano que denuncia el racionalismo estrecho en que se ha pretendido encauzar al cristianismo.

Pasamos al segundo libro de Marechal:  ***Días como flechas*, 1926.**

He elegido 3 poemas muy típicos de todo el libro, que tienen un común denominador: la alegría, el temple básico del poeta al que Alejandro Paternain llama “un alegre”. Vamos a descubrir, vertidas en una nueva estética, las mismas convicciones que el poeta expresara en el libro anterior. La fe en la vida, la alegría participante en el misterio de la Creación, la consagración del presente.

CANTO EN LA GRUPA DE UNA MAÑANA

*¡En el corimbo rojo de la mañana*

*zumban tus colibríes, Maravilla!*

*Hoy enterré, sepulturero niño,*

*cien días y cien noches como pájaros muertos.*

*Arranco de mis hombros este collar de horas.*

*Y hay cien albas marchitas como yerbas*

*en tu libro de tiempo que hoy destruye mi mano,*

*corazón sin huidas…*

*¡Un epitafio se desbande*

*sobre la tumba de las horas!*

*En mis talones ebrios estallaron*

*las cuerdas del camino esta mañana.*

*Yo vengo de la noche: como dos frutas verdes*

*mis ojos cuelgan sobre el mundo.*

*Tañedor de distancias, en mi paso*

*una senda marchita de evasiones retoña*

*cual un árbol de fuga.*

*Y los recodos tensos como hondas*

*al aire frágil tiran sus pedruscos de sueño.*

*¡Hoy ha resucitado entre dos noches*

*la primer mañana del mundo!*

*¿Quién despertó esa alondra que dormía*

*sobre tu rama seca, tiempo ya cosechado?*

*Oh, corazón, ovillo rojo*

*deshecho entre la mano de los días goteantes:*

*¡ha crujido una puerta sin abrir todavía!*

*Y algún Rey más alegre que la palabra sol*

*nos llena los zapatos de monedas azules.*

*¡Alegría!*

*Una muchacha bebe todo el cielo en el pozo:*

*su delantal de viento la desnuda…*

*Vino un zorzal araña y enredó todo el monte*

*con sus hilos de música.*

*Allá, donde se guardan los estribos de hierro,*

*¡vidalitay! cantaron hombres color de junco…*

*¡Mi alegría se vuela*

*y hace temblar el gajo reciente de la luz!*

*Cavadora de silencio,*

*niño de talones desnudos en la grupa de la mañana,*

*mi alegría sacudirá el tronco más brotado de pájaros.*

*¡Ah, más alta la cúpula del aire*

*y acuñe nuestras voces, metal único y libre!*

*El árbol de mis nervios arraigó en la mañana.*

*Yo soy la tentativa de otro mundo sin pluma…*

*Mis manos aferradas a timones de sol*

*conducen este día bajo cielos impúberes.*

*Yo anudo con mis pasos esta red de caminos.*

*Mano de Dios Hondero*

*que te arrojó como la piedra más ágil de su honda.*

*¡Grito alargado entre dos paréntesis de silencio,*

*así te alzas, compañera en el recodo de las noches!*

*Que tu voz desarrugue la cara del Tiempo,*

*amiga taciturna…*

*Mis manos ahuecadas en timones de sol*

*conducen este día bajo el viento.*

*Llegué de la mañana: como dos frutas verdes*

*mis ojos cuelgan sobre el mundo.*

*Yo he visto la distancia de rodillas,*

*como un dios sin ofrendas.*

*Y la muerte más dócil que una piel de guanaco*

*se amolda a la postura de tu sueño y el mío…*

*Cazador de alegrías:*

*en mi cintura llevo cien pájaros que sangran.*

El poema, eslabonado por una sucesión de metáforas, encierra exclamaciones que actúan como estribillos, al modo de la canción. Esta modalidad se reitera en el poema siguiente:

*POEMA DE VEINTICINCO AÑOS.*

*La tierra es un antílope que huye*

*sobre deshilachados caminos de aventura.*

*-¡Salve, moscardón ebrio*

*girando en el más fuerte mediodía de sombra!*

*-Mundo, piedra zumbante*

*de los siete colores…*

*Yo tengo una majada*

*que se abreva en el río más casto de la luz;*

*yo sé tirar mis redes a las aguas del sol*

*cuando el día es un golfo sin veleros ni adioses;*

*he pescado mentiras relucientes de escama*

*y el hambre de las horas fue saciada en mentiras.*

*¡Mago lleno de embustes,*

*pescador junto al día sin nombre!*

*Remendando tus redes y la techumbre de una soledad*

*tus años fueron veinticinco gotas insonoras.*

*Estabas en el cojín de tus días*

*o en tu noche de siete llaves;*

*tus pestañas batían el humo de otra edad;*

*y abejas de silencio se pegaban a tus labios*

*empolvados con un azúcar de viejos libros…*

*Te parecías a un Dios navegante*

*cuyas anclas hubieran mordido el fondo del tiempo.*

*Hoy has visto curvarse la distancia,*

*más triste que una loba sin amor.*

*Las lejanías hablaron*

*atadas a los puntos cardinales:*

*“Vendrá el amigo desovillando sus ojos*

*en una hebra de estupor.*

*Igual que un tapiz ha de gastarse el silencio*

*bajo sus talones.*

*Ha de venir avanzando los perros elásticos de su alegría*

*¡y arrastrará su sombra como un pedazo de viento!*

*Entonces abrirá la cola el pavo real del milagro*

*y tal vez fructifique tu rama desnuda, soledad…”*

*Has malogrado tus tobillos de ola*

*y tu punta de flecha perdida en los recodos del viento.*

*Debiste conducir un navío sin mañanas;*

*unirte a los navieros color de ausencia.*

*¡Todas las brújulas habían olvidado el Norte del mundo!*

*Los golfos tendidos*

*apuntaban a un horizonte sin rotura.*

*Tus hermanos aprendían que sus talones eran husos*

*en el vellón de los caminos;*

*y el adiós de las mujeres*

*fue una gaviota muerta sobre el mar…*

*¡Sólo tú en la alcoba de tus días*

*remendabas tus redes y la techumbre de un sueño!*

*Infiel a la gavilla madura de tus venas*

*y a los ríos que se abrojan de sol en la mañana,*

*te has quedado inmóvil*

*frente a tu dios irremediable como un punto final.*

*¡Llora en la barba de los ancianos,*

*cuyo pie desató el nudo de viejas rutas!*

*¡Llora en el sexo de las mujeres que apuntalan tu soledad!*

*Hoy han puesto a tu casa un delantal de música;*

*ojos de amor se prenden a tus ropas festivas;*

*y el elogio es un perfume de labios amicales.*

*He ahí -dicen-el cazador furtivo,*

*el que busca plumajes raros en la copa del sueño;*

*está solo en su islote de palabras,*

*más triste y solo que un rey sin sus dos hijas…*

*(Las amigas de tu hermana son como antorchas nupciales*

*y tienen el tamaño de tu lecho.*

*¡Qué bien encenderían tu lámpara verduga de noches*

*o acunaran tus ojos magullados*

*en los caminos de la luz!)*

*¡Fiesta de veinticinco años!*

*Las muchachas hacen sonar monedas de risa*

*en el patio donde los abuelos incuban su muerte.*

*Sólo tú lloras por tus manos intactas:*

*en ningún viento se rasgó tu sombra…*

*Hoy arden músicas nuevas en el caracol del mundo;*

*hablaron las cuatro bocas de tu encrucijada:*

*-La tierra es un antílope que huye.*

*-¡Salve, moscardón ebrio!*

*Elegirás tú mismo el caballo más libre,*

*el que sepa curvar su pescuezo frente al día en pañales.*

*No ha de quebrar sus remos*

*en el filo de ningún horizonte.*

*Trabajarás tu mismo la plata de tus estribos,*

*junto a las hembras en cuyos ojos*

*van madurándose adioses como frutas.*

*Y has de salir en un mediodía piante,*

*sobre la tierra que aguarda*

*tamborileros alegres.*

Desde el punto de vista formal llama la atención la polimetría, que se acentúa en el poeta en esta etapa. También el abandono de la rima. Ello no impide la existencia de ritmos irregulares. En este poema es fuerte la autoconfiguración del poeta, que se llama a sí mismo cazador, navegante, se compara con Dios y se configura a sí mismo como héroe de la libertad. Usa un tú personal para dirigirse a su propia persona, como es típico de la poesía moderna.

A UN ZAINO MUERTO

*En la inocencia de tus ojos muertos*

*recuperó su dignidad el cielo:*

*la muerte nunca tuvo*

*dos tréboles más castos*

*que tus ojos.*

*La tarde se perfuma con el silencio*

*que brota de tu piel.*

*Bajo tus patas rígidas la tierra*

*llora su música perdida.*

*Se ha dormido en tus remos la distancia.*

*Semillas de la noche venidera*

*son tus ojos abiertos como nunca.*

*Has arreado tus días como novillos rojos*

*y tus noches enguampadas de luna.*

*sobre tu cruz el sol*

*fue un pájaro boyero que cantó en las mañanas.*

*Hacías temblar la cuerda*

*metálica de los ríos.*

*Cigüeñas asustadas, los paisajes*

*al son de tu galope levantaron el vuelo.*

*Corazón batiente de la soledad,*

*has azotado las ocho lejanías desnudas.*

*En bajíos de sueño descansarás ahora:*

*tu paz es un elogio de la muerte*

*que perfuma los llanos.*

*La tierra de tus huesos*

*empolvará mañana los tobillos del viento.*

El elogio fúnebre del caballo, tan unido a la tierra pampeana presente en los poemas de Marechal, es también un elogio de la libertad. Puede leerse como una metáfora del hombre.

Habíamos insinuado un toque nietzscheano en Marechal juvenil, y el propio Bernárdez lo ha reconocido. Nietzsche, que murió en el 1900, y empieza a ser traducido desde unos años antes al francés y el español, no era un filósofo en sentido estricto sino un filólogo. Su influencia se hizo sentir en la filosofía y en las letras. Desde su primera obra, de 1872: *El origen de la tragedia en el espíritu de la música,* acusaba a la tradición occidental de haber privilegiado el espíritu apolíneo sobre el dionisíaco. Hacía responsable de este desvío a Sócrates y a Eurípides. Desde entonces habría venido acentuándose una tendencia hacia lo científico y racional. (La fenomenología en el siglo XX vino a corregir esa tendencia exaltando a la intuición, al método de la epojé o suspensión del juicio previo).

Los estudiosos de Nietzsche distinguen en su obra 3 etapas, de las cuales la tercera es presidida por un libro de gran importancia en la cultura europea y mundial: *Así hablaba Zarathustra* (1883). N. retoma la figura de Zarathustra, -reformador religioso de la antigua Persia, siglo VI AC, autor del himno *Zend-Avesta*- como portador de discursos que en realidad lo expresan a Nietzsche en su crítica del Occidente moderno, de la religión, del cristianismo, y sobre todo de la moral.

En algunos momentos del libro *Días como flechas* advertimos un tono muy próximo de esta obra, sin querer por esto hacer de Marechal un nietzscheano.

En rigor, es en la tradición humanista, más grecolatina que hebrea, donde germina esa noción del hombre como de esencia divina, y donde se legitiman las obras del hombre: el arte, la ciencia, los viajes, la voluntad de dominio. Nacía la Modernidad, pero aún contenida en un diálogo divino-humano. Los humanistas (siglos XIV al XVII) proclamaban la dignidad divina del hombre. Esa proclamación, anticipada siglos antes como esencia del Cristianismo, escandalosa para algunos, provocó el cisma de la Iglesia de Oriente.

***Odas para el hombre y la mujer,* 1929.**

Pasamos ahora al 3er. libro de Marechal en la década del 20: *Odas para el hombre y la mujer.* Si *Días como flechas* señala la madurez expresiva de Marechal, en las *Odas* lo vemos en su plenitud filosófica y religiosa. Es comprensible que a partir del año 1930, año que pasó en Europa, el poeta iniciara también las vías de la novela y el ensayo para completar su exposición personal y la extensión de su pensamiento.

Las Odas, en número de 12, son precedidas de dos poemas a los que llama Episodios.

NIÑA DE ENCABRITADO CORAZÓN

*Su nombre, pensamiento*

*levantado del agua*

*o miel para la boca*

*de silencios añosos,*

*dicho bajo las ramas que otra vez aprendían*

*el gesto inútil de la primavera.*

*Mi nombre atado al suyo*

*castigó la vejez*

*de un idioma sin ángel.*

*(¡En un país grato al agua*

*no fue cordura olvidar*

*el llanto de las campanas!)*

*Yo era extranjero y aprendiz de mundo*

*junto a la mar y fiel a su vocablo.*

*y como la tristeza miente formas de Dios*

*en la Ciudad y el Río de mi patria,*

*sabía desde ya que Amor en tierra*

*nunca logra el tamaño de su sed*

*y que mi corazón será entre días*

*un gesto inútil de la primavera.*

*(En un país junto al mar*

*veletas locas de sueño*

*ya no sabían guardar*

*fidelidad a los vientos).*

*Niña y edificando su alegría:*

*toda impaciente por acontecer!*

*Pareció que en sus hombros apoyaba la mano*

*sin oriente una edad,*

*o que reverdecían las palabras*

*en el otoño de un idioma*

*ya cosechado por los muertos.*

*¡Niña-de-encabritado-corazón*

*nunca debió seguirme junto al agua!*

*Porque de olvidos era trenzada su alegría,*

*y porque la tristeza*

*miente formas de Dios*

*/ en la Ciudad y el Río de mi patria.*

*(Pero las rosas ignoraban*

*la edad del mundo,*

*y se pusieron a contar*

*frescas historias de diluvio).*

*Por culpa de las rosas olvidamos,*

*junto al mar y a la sombra*

*de veletas con sueño:*

*Desde su adolescencia hasta su muerte*

*la niña, paralela del verano, cruzaba.*

*¡Fue imprudente olvidar que Amor en tierra*

*nunca logra el tamaño de su sed,*

*y a manera de un vino*

*paladear la mañana,*

*o escuchar el salado*

*proverbio de las rosas!*

*Sólo al final de la estación fue cuando*

*sentí cómo la niña se disipaba en gestos.*

*Y vi su madurez cayendo a tierra,*

*y la estatura de su muerte*

*junto a la mar encanecida.*

*Mas, como la tristeza miente formas de Dios*

*en la Ciudad y el Río de mi patria,*

*le arrebaté a la niña los colores,*

*el barro y el metal,*

*y edifiqué otra imagen, según peso y medida;*

*Y fue, a saber: su tallo derecho para siempre,*

*su gozo emancipado de las cuatro estaciones,*

*idioma sin edad para su lengua,*

*mirada sin rotura.*

*Y esta maldad compuso mi experiencia*

*con el metal y el barro de la niña.*

*¡Bien pueden ya los bronces*

*divulgar su cordura,*

*y el día ser un vino derramado,*

*y repetir olvidadizas ramas*

*el gesto inútil de la primavera!*

*Sentada está la niña para siempre,*

*mirando para siempre desde su encantamiento.*

*Y este nombre conviene a su destino:*

*Niña Que Ya No Puede Suceder.*

Me detengo en este poema por su importancia en la teoría metafísica de Marechal. Hay cierta sustancia narrativa que nos informa de la muerte de la niña, tal vez ahogada, como Ofelia. Y luego hay un tema expositivo al que el poeta encubre como si fuera una operación alquímica, irónicamente la llama maldad: una transmutación de la materia perecedera en sustancia permanente. Recordemos que el poeta se pronuncia en contra del llanto. No deberíamos amar a quien amamos solo en su apariencia sensible, sino recobrarlo en su núcleo eterno. El poeta que habla como amante, ha edificado a la niña en su eternidad: ella está *con su tallo derecho para siempre, su gozo emancipado de las cuatro estaciones, idioma sin edad para su lengua, mirada sin rotura…* Es la *Niña-que-ya-no-puede-suceder.*

El tema es reelaborado en el *Cuaderno de Tapas azules* que Marechal incluye como Libro Sexto en su novela *Adán Buenosayres*. (Novela que ha sido objetada por incluir materiales disímiles, que no lo son para el que descubre los hilos de la autobiografía marechaliana y de su pensamiento)

I. INTRODUCCIÓN A LA ODA

*Varón callado y hembra silenciosa*

*me dieron la privanza de la tierra:*

*El último yo soy, y el que despunta.*

*Los hombres de mi sangre cosechaban el mar,*

*pero no levantaron la canción entre peces:*

*Junto al mar el silencio*

*fue sudor de sus años,*

*estela de sus naves*

*y aroma de sus muertes;*

*porque el silencio entonces era un gran corazón*

*que no debe partirse.*

*El Primero y el Último es mi nombre:*

*el último callado*

*y el primero que suena.*

*En el día sin lanzas, amasé mi canción*

*con un barro durable.*

*Se habían pronunciado las palabras:*

*«Toda canción es flecha de destierro».*

*Y en el día sin lanzas*

*por encima del hombro*

*disparé mi canción.*

*Fructificaba el árbol con altura de árbol*

*y al sol el buey mugía*

*con altura de buey;*

*pero mi voz, ¡oh, duelo!, era más alta*

*que mi altura de hombre.*

*Y la muerte del árbol*

*estaba más distante que la muerte del buey;*

*pero mi muerte ya era un fuego vivo*

*y era mi canto el humo de mi muerte.*

*(Esta canción tiene los pies de niño*

*y el corazón del hombre:*

*pie que gira en el baile de la hoguera,*

*corazón que redobla*

*en la danza del humo).*

*¡Qué bien pesaban en la tierra el árbol*

*y el hombre y sus pacientes animales!*

*La longitud era canción,*

*la latitud era canción*

*y era canción la altura.*

*Tres canciones atadas*

*componían el mundo*

*y al hombre y sus pacientes animales.*

*¡Oh, geometría en todo su verdor!*

*¡Oh, fuertes ataduras en el día sin lanzas!*

*Pero mi voz crecía*

*por sobre mi cabeza*

*y un nudo se soltaba en mi canción.*

III. ODA DIDÁCTICA DE LA MUJER

*Por eje de la tierra la pusieron,*

*de norte a sur atravesada.*

*El mundo gira sobre su mujer.*

*Escritos en su tabla resplandecen*

*los números primarios de la tierra:*

*el número que aguza*

*las pasiones del viento*

*y encabrita las aguas;*

*el número que da primaveras al mal*

*y verdor a la guerra;*

*el que dice los pesos y medidas*

*que a las armas convienen;*

*el que sabe los límites exactos*

*del amor con su sombra,*

*y el que renueva y lustra*

*la mocedad violenta de los días.*

*Guardadora de números la llamen*

*los que aprendan Mujer.*

*Hacia el norte limita con el cielo,*

*llorada realidad, ángel crecido;*

*al sur con la sabrosa pesadez de la tierra,*

*al este con el árbol,*

*con el buey al oeste.*

*Así la procelosa realidad*

*tiene su costa firme en la mujer:*

*en la mujer aviva su color y sonido*

*y enciende su coraje.*

*La mujer dice «Rosa»,*

*y en otro nacimiento se confirma la rosa.*

*Fraternidad gozada de las tres dimensiones*

*y los cuatro elementos:*

*así diga el que aprende la mujer y su número.*

*Porque tiene del Agua*

*desnudo el cuerpo y ágil el talón;*

*y sin perder su integridad .*

*cobra la forma de los vasos;*

*y del mar cejijunto aprende guerras,*

*o el gracioso talante, de la lluvia.*

*Como el Aire, levanta*

*de sí misma su viento.*

*Sabe, como la Tierra,*

*dar una faz al día*

*y otra faz a la noche;*

*y ejerce, como el Fuego, la virtud*

*de templar los metales.*

*Después, sobre nosotros,*

*viento, lluvia y hoguera, la mujer;*

*y la noche y el día,*

*y sal en nuestros ojos*

*o canto en nuestra lengua.*

*Un misterio la sigue: quien lo toque*

*nacerá para siempre.*